

# Renacer del Espíritu

La Dimensión Espiritual  
del Evangelio



© 2025 Luis Mariani

Todos los derechos reservados.

Primera edición.

Escrito en Semana Santa, abril de 2025.

Publicado en Buenos Aires, Argentina.

Autoedición independiente.

ISBN: [número ISBN en proceso de registro]

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin permiso previo del autor, salvo en los casos permitidos por la ley.

Impreso o distribuido digitalmente sin fines comerciales.

Para uso personal, comunitario, espiritual y formativo.

Diseño, compilación y edición: con ayuda de inteligencia artificial (ChatGPT de OpenAI), en colaboración con el autor humano.

**“Perdimos el fuego, pero las brasas siguen  
ardiendo.  
Solo hay que reavivarlo”**

## Invocación al Espíritu Santo

Ven, Espíritu Santo.

Ven por medio de la poderosa intercesión del Inmaculado Corazón de  
María, Tu amadísima Esposa.

Ven con Tu fuego, con Tu amor, con Tu paz, con Tu luz.

Inspira cada palabra de este escrito.

Que no brote del orgullo ni del juicio, sino del Amor que todo lo  
renueva.

Somos apenas instrumentos tuyos.

Este ensayo no quiere ser obra de hombre, sino un eco de Tu Voz.

Sopla, Espíritu Santo.

Reaviva las brasas.

Y enciende de nuevo el fuego de tu Amor.

## Agradecimiento

Gracias, Jesús,  
por tu Divina Misericordia,  
que me sostuvo y me salvó tantas veces.  
Por tu amor incondicional, por tu Cruz, por tu presencia viva en la  
Eucaristía.  
Por tu Palabra que nunca deja de resonar.

Gracias, Espíritu Santo,  
por tu fuego, tu paz, tu consuelo.  
Por haber colmado mi alma con tu fuerza invisible.  
Por haber sido la fuente de inspiración de este libro

Gracias, Padre,  
por haberme creado,  
por haberme amado antes de que yo pudiera siquiera buscarte.  
Gracias por todo lo que soy, por todo lo que diste, por cada día que me  
regalás.

Todo es tuyo.  
De Vos venimos y hacia Vos vamos.

**Renacer del espíritu, dentro de la dimensión espiritual del Evangelio, se refiere a una transformación profunda del ser humano, un nuevo comienzo en la vida de una persona que se produce al aceptar a Jesucristo como Señor y Salvador. Es un concepto central en la teología cristiana, especialmente en el Nuevo Testamento.**

**Aquí explico algunos aspectos clave:**

**\* Nueva vida: El renacer espiritual implica recibir una vida nueva, una vida transformada por la presencia del Espíritu Santo de Dios. Es pasar de una existencia centrada en uno mismo y en el pecado a una vida orientada hacia Dios y sus propósitos.**

**\* Transformación interior: No se trata solo de un cambio externo o de una adhesión a un conjunto de normas religiosas. El renacer del espíritu es una obra interior, una renovación de la mente, el corazón y la voluntad.**

**\* Obra del Espíritu Santo: Según las enseñanzas del Evangelio, este renacimiento**

no es algo que el ser humano pueda lograr por sí mismo. Es una obra soberana del Espíritu Santo de Dios, quien regenera el corazón de la persona que cree.

\* Necesidad del renacimiento: Jesús mismo lo enfatizó en su conversación con Nicodemo (Juan 3:3-8), declarando que es necesario "nacer de nuevo" para poder ver y entrar en el Reino de Dios. Esta necesidad surge de la condición pecaminosa del ser humano, que lo separa de Dios.

\* Implicaciones prácticas: El renacer del espíritu tiene consecuencias prácticas en la vida del creyente. Se manifiesta en un cambio de valores, deseos y prioridades. Impulsa a vivir una vida de amor, servicio y obediencia a Dios.

En resumen, el "renacer del espíritu" en la dimensión espiritual del Evangelio es la obra transformadora de Dios en el corazón de una persona que cree en Jesucristo, resultando en una nueva vida con una orientación espiritual y moral renovada.

## Índice

1. Capítulo 1: Renacer del Espíritu.....	11
2. Capítulo 2: Esto es mi cuerpo.....	15
3. Capítulo 3: La espiritualidad también es amor.....	17
4. Capítulo 4: El Reino de Dios.....	20
5. Capítulo 5: La verdad los hará libres.....	23
6. Capítulo 6: La Iglesia que vendrá.....	26
7. Capítulo 7: Servicio y humildad.....	29
8. Oración final.....	33

## Introducción

La fe cristiana no es solo una adhesión intelectual a dogmas, ni una mera práctica de ritos y normas morales. En el corazón del Evangelio late una llamada profunda, radical y transformadora: la invitación a renacer del Espíritu. Jesús no vino a fundar una religión entre otras, sino a abrirnos a una vida nueva, una existencia que nace de lo alto, del soplo del Espíritu de Dios en el alma humana.

Este libro —Renacer del Espíritu— quiere ser una respuesta humilde pero apasionada a esa invitación. Surge de la experiencia, del estudio y sobre todo del anhelo: el anhelo de que muchos, especialmente dentro de nuestra Iglesia, descubran o redescubran esa dimensión espiritual que a veces se pierde entre los deberes y las costumbres. No se trata de negar el valor de los mandamientos ni de la liturgia —que son preciosos—, sino de devolverles su savia interior, su respiración viva, su fuego original.

Porque sin el Espíritu, la letra mata. Pero con el Espíritu, todo florece.

Las palabras de Jesús a Nicodemo —“Os es necesario nacer de nuevo, del agua y del Espíritu”— no fueron una metáfora piadosa: fueron una clave para entender el Reino de Dios. En cada página del Evangelio, si sabemos mirar con ojos nuevos, hay una mística escondida, una pedagogía del alma, una libertad que transforma. “La verdad os hará libres”, no solo de ataduras externas, sino del miedo, de la culpa paralizante, del automatismo religioso que no toca el corazón.

Muchos cristianos viven una fe cumplidora pero sin fuego, una fe de domingo pero no de transformación interior. Este libro quiere ser, simplemente, una chispa. Un recordatorio. Una brújula que apunte al centro.

Que cada capítulo invite al lector no solo a pensar, sino a orar, a abrirse, a dejarse tocar por ese Espíritu que sigue soplando donde quiere. Y ojalá, también, a testimoniar con gozo que el Evangelio no es solo una doctrina: es una Vida. Y esa Vida se enciende cuando el Espíritu renace en nosotros.

Quizás, simplemente, este libro quiera ser un intento de despertar... al Amor, al Espíritu para poder renacer de nuevo.

## Capítulo 1

### Renacer del Espíritu

**“Te aseguro que el que no renace de lo alto no puede ver el Reino de Dios.”**

**Juan 3, 3**

Estas palabras de Jesús a Nicodemo no fueron poéticas ni simbólicas. Fueron una afirmación directa, clara y profundamente transformadora. Y todavía hoy nos desconciertan. ¿Qué significa nacer de nuevo? ¿Cómo puede un adulto volver a nacer? ¿De qué nacimiento habla Jesús?

Jesús lo aclara rápidamente:

**“El que no nace del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios.**

**Lo que nace de la carne es carne, lo que nace del Espíritu es espíritu.”** (Juan 3, 5-6)

Aquí, Jesús traza una frontera invisible pero definitiva entre **nacer biológicamente** y **renacer espiritualmente**. El primero nos pone en este mundo. El segundo, **nos abre al Reino**.

Este renacer del Espíritu no es una metáfora bonita.

**Es una transformación real. Un cambio profundo de conciencia, de mirada, de ser.**

No se trata de “portarse bien” o de cumplir mandamientos.

**Se trata de cambiar sustancialmente la naturaleza interior.**

De ser “engendrados desde lo Alto”.

## *El nacimiento de la carne y el nacimiento del Espíritu*

Jesús reconoce la legitimidad de ambos nacimientos, pero subraya su diferencia radical.

Uno es físico, genético, determinado por herencias y estructuras.

El otro es **una irrupción del Espíritu** en lo profundo del alma humana.

Cuando uno renace del Espíritu:

- **Cambia su forma de ver la vida**
- Ama sin cálculo
- Perdona con naturalidad
- No se siente el centro del universo
- Se vuelve **transparente al Amor**

El apóstol San Pablo describe este renacimiento con una claridad absoluta:

**“Y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí”**

(Gálatas 2,20)

## *Una transformación que toca el ser*

Mucho antes de que la psicología hablara de transformación profunda o que la neurociencia comenzara a investigar la conciencia, Jesús ya estaba diciendo algo que hoy resuena con una fuerza especial:

**el ser humano necesita renacer.**

Y ese renacimiento **no proviene de la voluntad ni del esfuerzo humano.**

Es obra del Espíritu Santo, que “sopla donde quiere”.

## *Un eco espiritual que resuena en otras tradiciones*

Quienes conocieron o estudiaron el hinduismo místico o el budismo, reconocen fácilmente el fondo común:

todas las grandes tradiciones apuntan a una experiencia espiritual transformadora que rompe la ilusión del ego y abre al alma al Todo.

Los hindúes la llaman *samadhi*.

Los budistas, *nirvana*.

Los místicos cristianos, **comuni3n con Dios**.

O al decir de Santa Teresa de vila: **matrimonio espiritual**.

Ya no hay separaci3n, ya no hay dualidad, **es una uni3n total, en la que el alma vive en Dios y Dios en el alma**.

La voluntad del alma y la de Dios se vuelven una sola. **Es el punto culminante del camino espiritual**.

Es un estado de conciencia nuevo, nacido del Espíritu.

## *No es doctrina. Es experiencia viva.*

Jesús no vino a traer un nuevo sistema teol3gico.

Vino a **despertar el alma adormecida del ser humano**.

Y ese despertar, ese renacimiento, no se estudia: **se vive**.

Quien ha nacido del Espíritu **no lo puede explicar del todo**, pero lo sabe porque lo experimenta.

Porque ya no vive desde el yo de la carne, sino desde una interioridad encendida y superior.

“C3mo puede ser esto?”, pregunt3 Nicodemo.

Y la respuesta de Jesús no fue t3cnica, ni teol3gica:

“El viento sopla donde quiere. Oyes su voz, pero no sabes de d3nde viene ni a d3nde va.

Así es todo el que nace del Espíritu.”

(Juan 3, 8)

El renacimiento espiritual no se programa.

**Se recibe.**

Se ora.

Se deja hacer.

Y ese nacer de nuevo —como todo verdadero nacimiento— puede llegar a ser doloroso, pero glorioso. **Es la Cruz seguida de la Resurrección.**

Es dejar de respirar solo por los pulmones,  
para empezar a respirar por el alma en Dios.

## Capítulo 2

### Esto es mi Cuerpo

#### La Eucaristía, presencia viva del Amor de Dios

Jesús no quiso quedarse solo en la historia. No quiso que lo recordemos como al Hijo de Dios hecho hombre en el pasado. Jesús quiso quedarse realmente.

Y eligió el camino más humilde, más misterioso, más inentendible...  
Elegió un pedazo de pan.

“Esto es mi cuerpo, que será entregado por ustedes.”

“Esta es mi sangre, sangre de la nueva alianza.”

No dijo: “Esto representa...”

No dijo: “Hagan esto como símbolo...”

Dijo: “Esto es.”

La Eucaristía no es un símbolo. Es el milagro más grande que ocurre a diario, en cada altar del mundo.

Allí, el pan deja de ser pan. El vino deja de ser vino. Y aunque lo veamos igual, aunque nuestros ojos no lo perciban, lo que está en el altar es Jesús mismo. Con Su cuerpo, Su sangre, Su alma y Su divinidad. Es la Encarnación continuada. Es Dios con nosotros, hoy.

“Yo estaré con ustedes todos los días...”

Jesús nos lo prometió:

“Yo estaré con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo.”

(Mateo 28, 20)

Y lo cumplió en la Eucaristía.

También dijo:

“Yo soy el Pan vivo bajado del cielo. El que coma de este Pan vivirá para siempre.”

(Juan 6, 51)

La Eucaristía no es un premio para los perfectos. Es un alimento para los que se saben necesitados. Es medicina para el alma. Es consuelo. Es fuego suave y poderoso que transforma.

Adorarlo... con el corazón

Los adoradores lo saben bien: en la adoración eucarística uno no está solo con Dios en espíritu. Uno está ante Jesús encarnado, realmente presente.

Y lo más fuerte: Él está ahí por nosotros. Esperándonos. Sosteniéndonos. Mirándonos. No como juez, sino como Amigo, como Redentor, como Amor encarnado.

Cuando uno se pone de rodillas ante el Santísimo Sacramento, algo en el alma se aquieta. Algo en el corazón se enciende.

En un rincón de Buenos Aires, en la parroquia Santa María ubicada en el barrio de Almagro, el Cuerpo consagrado sangró. El pan se volvió tejido de corazón humano, según los análisis. Un corazón herido. Maltratado. Como el que Jesús entregó en la cruz. No fue el único milagro eucarístico, hubo varios a lo largo de la historia.

Y sin embargo... nos sigue esperando.

## Capítulo 3

### La espiritualidad también es amor

Jesús no fue un maestro de espiritualidad encerrado en una cueva. No fue un gurú que se apartó del mundo ni un iluminado que fundó una escuela secreta de meditación. Jesús vivió una espiritualidad profundamente activa, encarnada, entregada. Y es desde esa espiritualidad —íntima y a la vez expansiva— que nos invita a vivir el Evangelio.

Se retiraba a orar. Sí. Subía a los montes, a veces de madrugada o de noche. Entraba en comunión con su Padre. Pero al amanecer, bajaba del monte para sanar, perdonar, liberar, enseñar, abrazar, alimentar, misericordiar.

Jesús no separaba lo espiritual de lo humano.  
No escindía el amor místico del amor concreto.  
Para Él, la espiritualidad no era evasión, sino encarnación.

#### **La espiritualidad activa se llama misericordia.**

El que ama a Dios pero no ama al prójimo, se contradice.  
El que reza pero no sirve, se engaña.  
El que contempla pero no actúa, ha cortado el Evangelio en dos, no lo ha comprendido en su totalidad.

Jesús lo dijo de mil formas, pero una fue definitiva:

“Porque tuve hambre, y ustedes me dieron de comer; tuve sed, y me dieron de beber; estaba de paso, y me alojaron; desnudo, y me vistieron; enfermo, y me visitaron; preso, y me vinieron a ver.  
Los justos le responderán: "Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; sediento, y te dimos de beber?"

¿Cuándo te vimos de paso, y te alojamos; desnudo, y te vestimos?

¿Cuándo te vimos enfermo o preso, y fuimos a verte?"

Y el Rey les responderá: "Les aseguro que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo".

(Mateo 25, 35-40)

Ahí está el núcleo.

Jesús se identifica con los que sufren.

Y nos dice que la espiritualidad que no se hace carne, que no se baja del monte, no es suya.

Santa Teresa decía:

“La oración no consiste en pensar mucho, sino en amar mucho.”

“Amar mucho es servir mucho.”

Y Francisco de Asís, su hermano espiritual de otro tiempo, enviaba a los frailes a predicar el Evangelio con estas palabras:

“Vayan y prediquen el Evangelio... y solo si es necesario, usen palabras.”

Es que el Evangelio verdadero se predica con la vida.

Por eso, no alcanza con rezar. No basta solo con ir a Misa. No basta con saberse de memoria las enseñanzas.

El fuego del Espíritu se enciende en la entrega.

El amor se hace visible en los gestos.

La fe se vuelve viva cuando se hace compasión.

Una espiritualidad sin obras de misericordia, es como una lámpara sin aceite.

Y una vida sin amor, es como un templo vacío.

Jesús lo dijo con claridad:

“No son los que me dicen: «Señor, Señor», los que entrarán en el Reino

de los Cielos, sino los que cumplen la voluntad de mi Padre que está en el cielo.”

(Mateo 7, 21)

Y la voluntad del Padre es el amor.

Es el perdón.

Es la entrega.

Es la cruz.

Es el servicio.

Que nuestra oración se vuelva gesto.

Que nuestro silencio se vuelva abrazo.

Que nuestra fe se vuelva pan.

Porque la espiritualidad auténtica siempre comienza y termina en el amor.

## Capítulo 4

### El Reino de Dios

Jesús no vino simplemente a enseñarnos una nueva doctrina. Vino a abrir una puerta. Y esa puerta se llama Reino de Dios.

Desde el inicio de su predicación, Jesús repite sin cesar una misma frase: “El Reino de los Dios está cerca.”

En otro pasaje:

“El Reino de Dios está entre ustedes.”

(Lucas 17, 21)

Jesús habla en tiempo presente ya que no es algo que se debe esperar, es algo que ya está.

**Ya que el Reino de Dios no es tan solo un lugar, es una dimensión del alma que se alcanza renaciendo del Espíritu.**

Para Jesús, el Reino no es un lugar geográfico, ni tampoco una utopía futura. Es una realidad espiritual que ya está aquí, pero que sólo puede ser percibida por los ojos del corazón. Es una dimensión del Espíritu. Un espacio sagrado que no se mide con mapas, sino con la apertura del alma.

Por eso le dice a Nicodemo:

“Te aseguro que el que no renace de lo alto no puede ver el Reino de Dios.”

(Juan 3, 3)

El Reino no se ve con los ojos de la carne. Se ve con los ojos del Espíritu.

Y en ese sentido, el Reino es ahora. No es mañana.

Por eso enseñó:

“Busquen primero el Reino y su justicia, y todo lo demás se les dará por añadidura.”

(Mateo 6, 33)

No dijo “busquen el cielo para cuando mueran”. Dijo busquen ahora. Aquí. En este instante, en este momento.

El Reino no es un premio para después de la muerte. Es una presencia viva que transforma la vida aquí y ahora, cuando uno se deja habitar por el Espíritu Santo. Es Cristo reinando en el corazón.

El Reino también es amor en acción.

Cuando Jesús dice que el Reino es como una semilla de mostaza, o como levadura en la masa, nos está enseñando que el Reino crece en lo oculto, en lo pequeño, en lo invisible.

Es un fuego que se enciende en el alma silenciosamente... y lo transforma todo.

Muchos interpretan que cuando oramos en el Padre Nuestro: “Venga a nosotros tu Reino”, nos referimos al fin de los tiempos. Pero en realidad, esa es una súplica para que Dios reine ya mismo en nuestra vida.

Para que su voluntad se haga “en la tierra como en el cielo”.

Para que el Espíritu transforme nuestro mundo interior.

El Reino es un estado de conciencia espiritual.

No se trata de imaginar un “más allá”, sino de vivir en el más acá con los ojos del Espíritu.

Quien ama como Jesús, ya está en el Reino.

Quien perdona, quien sirve, quien se abaja, quien confía... ya está en el Reino.

Porque el Reino no es lujo, ni poder, ni éxito:  
es mansedumbre, misericordia, pureza de corazón.

Por eso Jesús dijo:

“Felices los que tienen alma de pobres, porque a ellos les pertenece el Reino de los Cielos.”

(Mateo 5, 3)

Jesús no habla de pobreza material, habla de humildad.

El Reino de Dios es invisible, pero real. Mucho más real que este universo material.

Es como el viento: no se ve, pero se siente, se experimenta.

Y una vez que entra en el alma, nada vuelve a ser igual.

## Capítulo 5

### La verdad los hará libres

**“Conocerán la verdad, y la verdad los hará libres.”**

**(Juan 8, 32)**

Estas palabras de Jesús —aparentemente sencillas— contienen una potencia transformadora que sigue resonando dos mil años después. ¿Qué quiso decir con "la verdad"? ¿Una doctrina? ¿Una nueva religión? ¿Una serie de mandamientos? No. Jesús no estaba hablando de un sistema de ideas. Estaba hablando de sí mismo.

Él mismo lo dirá más adelante, sin ambigüedad:

**Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida.”**

(Juan 14, 6)

Jesús no enseña una verdad: Él se ofrece como Verdad viviente.

Y eso cambia todo. Porque si la verdad es una persona y no un dogma, entonces conocer la verdad no es memorizar principios, sino entrar en relación directa con el Dios vivo.

Pero entonces... ¿de qué nos libera esa Verdad?

Nos libera de la mentira más profunda: la mentira que Dios no existe y que Jesús es Su Hijo Unigénito.

La mentira de que estamos solos, de que no valemos, de que hay que ganarse el amor de Dios.

Dios nos amó desde el principio.

Nos libera del ego inflado o herido que se cree el centro de la creación.

Nos libera de estructuras religiosas que nos atan más que nos liberan.

Nos libera de una vida que se basa en el miedo, en la culpa, en la apariéncia.

De una vida que se basa en el tener y no en el ser.

De una vida que tiene como objetivo la fama, el dinero y el poder.

Materialismo puro.

De una vida basada solo en el placer de los sentidos.

“Nosotros amamos porque Dios nos amó primero.”

(1 Juan 4, 19)

En muchas tradiciones espirituales, como el hinduismo, se habla de Maya, la gran ilusión.

Una ilusión que impide ver la Realidad última, que es el Espíritu.

Y en cierto sentido, cuando Jesús dice que la Verdad los hará libres, está diciendo algo similar:

vivimos atrapados en una ilusión, una cárcel invisible. Y la única salida es el encuentro real y verdadero con Él, que es Verdad viva y liberadora.

Hoy, la neurociencia empieza a intuir algo de esto:

nuestro cerebro no “ve” la realidad tal cual es, sino que la construye, la interpreta, la recrea.

¿Y si el mundo que creemos tan sólido fuera apenas una capa más?

¿Y si la Realidad, con mayúscula, fuera otra... más luminosa, más sutil, más divina?

Algunos místicos cristianos lo vislumbraron.

Y vos, quizá, lo sentiste en carne propia en una experiencia de oración o de gracia.

Un momento en que todo parecía fundirse en Dios,  
donde la identidad se disuelve y sólo queda una certeza:  
el Amor es lo único Real.

Por eso Jesús no ofrece verdades:

se ofrece a sí mismo como la Verdad que rompe las cadenas.

Y esa verdad —que es Amor—

no se prueba con argumentos. Se vive.

Se entra en ella. Se deja entrar.

“Conocerán la verdad, y la verdad los hará libres.”

Tal vez hoy más que nunca,  
necesitamos volver a esa Verdad que no se discute, sino que abraza y nos abraza.

Y nos despierta.

Y nos libera de todo mal.

“Y líbranos del mal”

Amén

## Capítulo 6

### La Iglesia que vendrá

En 1969, un joven teólogo alemán llamado Joseph Ratzinger —quien décadas después sería el Papa Benedicto XVI— pronunció una serie de charlas radiales que hoy resuenan con fuerza profética. En ellas, habló sin temor sobre el futuro de la Iglesia. Dijo que la Iglesia pasaría por una gran crisis. Que perdería poder, estructura, influencia social. Que se haría pequeña. Que sería pobre. Que dejaría de ser mayoría y dejaría de gozar del apoyo de las instituciones.

Pero no habló con tristeza. Habló con esperanza.

Ratzinger dijo que esta Iglesia del futuro no estaría centrada en su poder, sino en su fe. Que sería una comunidad más humilde, más sencilla, pero más viva. Que volvería a sus raíces. Que sería, finalmente, la Iglesia de los que creen de verdad.

#### Una Iglesia más espiritual

Estas fueron sus palabras:

“La Iglesia del mañana será una Iglesia más espiritual, que no se confiará a los políticos ni coqueteará con la moda. Será pobre y se convertirá en la Iglesia de los humildes.”

“La Iglesia pasará por pruebas, y surgirá de ellas una Iglesia interiorizada y simplificada. Será una Iglesia que ha perdido mucho. Se hará pequeña. Tendrá que comenzar de nuevo, casi desde el principio.”

“Pero a través de este proceso, se descubrirá de nuevo. Será una Iglesia que renace desde la fe profunda. Una Iglesia que vuelve a ser casa del hombre.”

Estas frases no fueron slogans. Fueron visión.  
Y lo más impactante es que no se alejan en absoluto del Evangelio.  
Jesús nunca prometió poder. Prometió cruz.  
No prometió estructuras. Prometió Espíritu.

### **Una Iglesia de místicos... o no será**

La frase que muchos atribuyen a Karl Rahner —otro gran teólogo contemporáneo— dice:

**“El cristiano del futuro será un místico... o no será cristiano.”**

Y en el fondo, dice lo mismo que Ratzinger y lo que el Espíritu parece susurrar a muchas almas de hoy:

la Iglesia que vendrá no se sostendrá por poder ni cantidad, sino por fuego interior.

Será la Iglesia de los que oran.

De los que escuchan.

De los que viven con el Espíritu Santo como guía y fuerza.

¿Es esto probable?

Tal vez algunos vean esta visión como un sueño ingenuo.

Otros quizás digan que es una crítica velada.

Pero en realidad, es un eco.

Un eco de la Palabra.

Un eco de la profecía.

Un eco del Evangelio que sigue vivo, aunque a veces sepultado bajo el peso de los siglos.

No es insensato imaginar una Iglesia más parecida a Jesús. A la Iglesia del comienzo.

La Iglesia que vendrá —como soñó Ratzinger— será más espiritual, más pequeña, más mística, más libre, más centrada en Cristo.

Será la Iglesia del fuego, no de la forma.

La del Espíritu, no de la apariencia.

La del amor encarnado, no del poder adornado.

Quizás ya empezó. Algunos grupos carismáticos dan fe de ello.

Algunas Iglesias han vuelto a imponer las manos a los enfermos.

“Y estos prodigios acompañarán a los que crean: arrojarán a los demonios en mi Nombre y hablarán nuevas lenguas; podrán tomar a las serpientes con sus manos, y si beben un veneno mortal no les hará ningún daño; impondrán las manos sobre los enfermos y los curarán.”

(Marcos 16, 17-18)

## Capítulo 7

### Servicio y humildad

#### **Servir es lavarle los pies a tu prójimo.**

Lavarse el orgullo, servir con el alma.

La escena es simple, y al mismo tiempo revolucionaria. Jesús, el Maestro, el Hijo de Dios, el Señor del Universo... se arrodilla. Toma una toalla. Llena un recipiente con agua. Y lava los pies de sus discípulos.

“¿Comprenden lo que he hecho con ustedes?”

“Si yo, el Señor y el Maestro, les he lavado los pies, también ustedes deben lavarse los pies unos a otros.”

(Juan 13, 12-14)

Esa noche —la noche más sagrada, la víspera de su entrega— Jesús no da una clase de teología. Da una lección de humildad encarnada. Y revela cuál es la verdadera autoridad en el Reino: el que sirve.

#### *Servir no es mandar*

En muchas comunidades, parroquias y movimientos de fe, el servicio puede confundirse con estatus, poder o protagonismo. Quien coordina, quien reparte la comunión, quien organiza, quien enseña... puede empezar a creerse más importante que el resto.

Y ahí el servicio deja de ser amor, para convertirse en una forma sutil de vanidad espiritual. **Deja de ser servicio.**

Pero Jesús lo deja claro:

“Ustedes saben que los jefes de las naciones dominan sobre ellas y los

poderosos les hacen sentir su autoridad.

Entre ustedes no debe suceder así. Al contrario, el que quiera ser grande, que se haga servidor de ustedes; y el que quiera ser el primero que se haga su esclavo: como el Hijo del hombre, que no vino para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por una multitud”

(Mateo 20, 25-28)

El servicio no es para lucirse, es para lavar los pies del otro sin esperar aplausos.

### *La humildad como raíz del verdadero discípulo*

Servir con humildad es reconocer que todo es gracia. Que uno sirve porque fue llamado, no porque se lo merezca. Y que cuanto más se sirve, más se debe amar, no más mandonear.

“Dios no elige a los preparados, sino que prepara a los elegidos”  
Como hizo con sus apóstoles.

Jesús no buscó reconocimiento, no se hizo notar, no se puso por encima.

Al contrario, se rebajó hasta lo más bajo:

“Él, que era de condición divina,  
no consideró esta igualdad con Dios  
como algo que debía guardar celosamente:  
al contrario, se anonadó a sí mismo,  
tomando la condición de servidor  
y haciéndose semejante a los hombres.  
Y presentándose con aspecto humano,  
se humilló hasta aceptar por obediencia la muerte  
y muerte de cruz.”

(Filipenses 2, 6-8)

Ese es el camino del verdadero cristiano. El que sirve sin soberbia. El

que ama sin necesitar verse. El que lava los pies sin mirar quién es el otro.

### *La trampa del ego en el camino espiritual*

Hay una tentación muy sutil que acecha a los que avanzan en la vida espiritual: la soberbia del iluminado.

La soberbia de quien se cree estar más cerca de Dios o más avanzado que otros en el camino espiritual.

**Esto es veneno vivo para el alma.**

A veces, quien más sabe, menos sirve. Quien más reza, menos escucha. Quien más se cree “elevado”, menos se arrodilla.

Pero el verdadero santo es el más simple, el más callado, el más transparente, el más humilde. Aquel cuya única grandeza es amar y servir en lo oculto.

### *Servir es amar*

Jesús no nos pide que seamos importantes. Nos pide que seamos como Él: corderos humildes, servidores de todos, lavadores de pies.

Cada acto de servicio, por pequeño que sea —acompañar a un enfermo, consolar al triste, acercar la comunión a un anciano, poner una silla, callar cuando quisiéramos hablar— es una participación real en el Evangelio.

Y en cada servicio sincero, se reaviva el fuego del Espíritu.

“Que el más grande de entre ustedes se haga servidor de los otros, porque el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado.”

(Mateo 23, 11-12)

“La humildad es la verdad. Y mientras más humilde, más verdad, y por lo tanto, más unión con Dios”

(Santa Teresa de Ávila)

“Cuanto más crece uno en humildad, más crece en Santidad”

(San Agustín)

## Oración final

Jesús,

no quiero una fe tibia, domesticada, ni ritual.

Quiero conocerte de verdad.

No desde los libros, sino desde el Espíritu.

No desde la costumbre, sino desde el fuego.

Hoy te pido, con todo mi ser:

Rompé las estructuras viejas en mí.

Derribá las imágenes falsas de Vos.

Resucitá lo que está dormido en mi alma.

Enseñame a seguirte sin condiciones,

a escucharte en el silencio,

a encontrarte en los pobres,

a adorarte en la Eucaristía,

a dejarme guiar por el soplo del Espíritu.

Jesús, ayúdame a renacer del Espíritu.

A vivir como hijo del Padre.

A dejarme habitar por tu presencia viva.

Amén.